

El testimonio de Margarete Buber-Neumann

Enric Gil Muñoz

Decía Montesquieu que el destino de las personas moderadas era similar al de los habitantes del segundo piso de una casa, molestados a la vez por los ruidos de los vecinos de abajo y por el de los de arriba. Si hay un ejemplo particularmente atroz de los reveses sufridos por un espíritu libre en su lucha contra las actitudes extremas éste es, sin duda, el de Margarete Buber-Neumann. En su caso, se podría decir que el vecino de abajo era el totalitarismo nazi y el de arriba el comunista. Su vida quedó marcada para siempre por el paso por los campos de concentración de uno y otro régimen, y este libro es una conmovedora narración de las atroces experiencias vividas como prisionera de Stalin y Hitler, de lectura obligada para aquellos que todavía establecen jerarquías morales entre nazismo y comunismo. Porque da la casualidad de que Buber-Neumann ha padecido el trágico privilegio de haber conocido desde dentro los horrores de ambos totalitarismos, y eso a causa de haberse encontrado en el centro del terremoto ético y político que supuso el pacto germano-soviético. En efecto, esta comunista alemana huyó del nazismo hacia la Unión Soviética, en compañía de su marido Heinz Neumann, miembro destacado del Partido Comunista alemán. Allí éste fue arrestado, y al cabo de un angustioso año, ella siguió su suerte: tanto Heinz como Grete eran demasiado independientes para el gusto estaliniano, razón más que suficiente para acabar encerrados. Ella, después de casi dos años de cautiverio soviético, es entregada junto con otros compatriotas en las

garras de la Gestapo. La escena en la que relata el encuentro entre el oficial de la NKVD que los acompañó desde Moscú hasta Brest-Litovsk con el de las SS que tenía que hacerse cargo de ellos a partir de ese momento debería constituir una prueba irrefutable contra cualquiera que en el futuro se atreviera a dudar sobre la igual condena moral que merecen ambos regímenes.

Y digo debería porque si algo nos enseña esta obra es precisamente que no tenemos que hacernos ilusiones sobre la capacidad humana de revisar críticamente las propias creencias, sean cuales sean las pruebas existenciales a las que se vean sometidas. Otro clásico del pensamiento antitotalitario (por cierto, ¿no es todo pensamiento auténtico antitotalitario?), el poeta polaco Czeslaw Milosz, reflexionaba lúcidamente sobre este fenómeno en *El pensamiento cautivo*, aludiendo al hecho de que la mera coacción física no

era suficiente para explicar la adhesión de tantos intelectuales al comunismo en los países de Europa Central y Oriental: factores como la sensación de vacío, de absurdo, la creencia en la necesidad histórica y el éxito de la expansión soviética eran determinantes en este sentido ❶. En el caso de Margarete Buber-Neumann, entre las razones de su conversión al comunismo figuraban tanto los buenos sentimientos (como la necesidad de libertad, la convicción de la igualdad de todos los seres humanos, el amor a la justicia...) como los beneficios psicológicos que la pertenencia a este movimiento proporcionaba a sus miembros: la sensación de sentirse acompañado, de no estar solo, de tener «camaradas», y la confianza en la posesión de una cosmovisión, presuntamente científica, capaz de explicar todo el transcurso de la historia de la humanidad. Ahora bien, estos beneficios exigían un precio: la renuncia a la independencia de juicio ❷.



Margarete Buber-Neumann
Prisionera de Stalin y Hitler,
Galaxia Gutenberg/Círculo de
Lectores, Barcelona, 2005,
512 págs

❶ Czeslaw Milosz, *La ment captiva*, Valencia, PUV, pág. 19.

❷ Tzvetan Todorov, *Memoria del mal, tentación del bien*, Barcelona, Península, 2002, págs. 117-118.

Éste es el precio que Buber-Neumann no estaba dispuesta a pagar. Por ello tuvo que sufrir un segundo castigo, que es como un segundo encarcelamiento, éste ya no físico sino espiritual: el representado por la incredulidad con la que los comunistas y sus simpatizantes recibían su testimonio a propósito de los campos soviéticos.

Efectivamente, es éste un motivo recurrente en toda la obra, y aquí nos topamos con un fenómeno realmente inquietante, posiblemente la expresión máxima de la cautividad de la mente de la que hablaba Miłosz. Se trata de la increíble abundancia de los presos *comunistas* a manos del *comunismo* ¡que no dejaban de creer en el... *comunismo*! Buber-Neumann les dedica un capítulo, «Los obcecados», y en él reflexiona a propósito de los mecanismos mentales que hacen posible este fanatismo elevado al cuadrado. El caso es que la fe comunista siempre puede quedar salvaguardada mediante una hipótesis *ad hoc* frecuentemente empleada por este tipo de presos: se trata de la tesis del «saboteador trotskista», que conspira en las altas esferas del poder para llevar a la perdición a los honrados y leales militantes. Así pues, si la reclusión en un campo de concentración a manos de tu propio partido es insuficiente para quebrar la fe en la URSS, ¿qué habrían de pensar las militantes recluidas en los campos nazis, para las cuales la existencia de una patria del socialismo era lo único que les daba fuerzas para resistir? Los relatos de Buber-Neumann sobre su experiencia en el *Gulag* fueron escuchados allí como verdaderos insultos por parte de la mayoría de reclusas comunistas: haberla creído hubiera supuesto admitir que todo aquello por lo que habían luchado y continuaban luchando era una farsa, que su vida carecía de sentido. A este respecto, resulta ilustrativa la patética historia de una militante checa que acaba enloqueciendo al ver que el contingente de presas rusas llegadas a Ravensbrück no era la encarnación perfecta de la virtud socialista, sino una horda

de alborotadoras e indisciplinadas que continuamente blasfemaba contra Stalin. Buber-Neumann comprendió enseguida que luchar contra las ilusiones despertadas por el totalitarismo de la hoz y el martillo significaba convertirse en una proscrita. Al fanatismo de este tipo de presas se sumaban, por supuesto, otros que afectaban de una manera u otra a nuestra protagonista: el fanatismo nazi que, además de ser el responsable de su huida de Alemania y de la segunda etapa de su cautiverio, a pesar de todo no creía que su marido y ella fueran arrestados por la NKVD, y que reiteradamente la acusaba de agitación comunista en el campo; el fanatismo camaleónico de aquéllos que, decepcionados de la Unión Soviética, se convirtieron rápidamente en admiradores de Hitler; el fanatismo religioso de las testigos de Jehová, únicas «presas voluntarias» de los nazis (ya que les bastaba firmar un papel renunciando a su fe para salir en libertad), a la vez serviles y desobedientes cuando las órdenes de los guardianes contradecían sus preceptos religiosos; o el fanatismo de los comunistas de los países libres, que una vez terminada la guerra, olvidándose rápidamente del pacto entre Hitler y Stalin ③, no daban crédito al testimonio de Buber-Neumann sobre su cautiverio soviético.

Y en medio de estas oleadas de fanatismos provocadas por la tempestad totalitaria, ¿qué hizo esta mujer extraordinaria para sobrevivir, tanto física como moralmente? «Observarse a uno mismo es muy difícil, y cuando se me pregunta cómo es posible que yo haya sobrevivido a siete años de campo de concentración, y de dónde he sacado fuerzas para ello, sólo puedo contestar que no se debe solamente a que soy una persona fuerte física y mentalmente, ni a que no perdiera nunca mi autoestima, sino a que siempre encontré seres que me necesitaban, nunca me faltó el regalo de la amistad y de las relaciones humanas.» (págs. 267-268): ésta es su respuesta. Frente a la mirada obcecada que subordina las personas a los dogmas, Buber-

③ Para un análisis «filosófico» de la actitud de los comunistas británicos ante el pacto Molotov-Ribbentrop, ved el excelente capítulo «El funcionamiento del sistema de creencias», en J. Glover, *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo xx*, Madrid, Cátedra, 1999, pág. 365.

Neumann se preocupa siempre de las seres concretos, y no deja que éstos se confundan con la función que desempeñan. Como afirma Todorov: «En ese mundo donde se enfrentan absolutos, supo guardar el sentido del matiz y su viaje al infierno no fue por completo deprimente»⁴. Este sentido del matiz está presente cuando habla con satisfacción de los comunistas capaces de mantener su propio criterio y de reconocer los horrores cometidos en nombre de los ideales en los que ellos habían creído. O cuando al enterarse de los bombardeos sobre las ciudades alemanas, después de alegrarse en un primer momento porque éstos contribuyen a la derrota del nazismo, lamenta que por culpa de estas bombas también morirán alemanes inocentes, muchos de ellos también enemigos de Hitler. O cuando resalta los gestos de humanidad de algunos funcionarios de los campos, como el de aquel vigilante de Karaganda que, después de ayudarlas a empezar su trabajo, accede a comprarles pan y azúcar; o la vigilante que, cuando las acompaña a Moscú, las invita a un helado; o la vigilante jefe de Ravensbrück, Langefeld, que accede a escuchar sus argumentaciones sobre los crímenes del nacionalsocialismo y que después de la guerra visitará a Buber-Neumann en su propia casa⁵.

Pero quizá donde se ve con mayor claridad el apego de esta mujer por los seres concretos en contraposición a las categorías preestablecidas de individuos es en el retrato, rebosante de afecto y de admiración, que hace de Milena Jesenská, antigua amiga de Kafka. Tal es el valor que atribuye Buber-Neumann a la amistad con Milena que no duda en afirmar: «Agradecí el haber venido a Ravensbrück y el encuentro con Milena Jesenská» (pág. 293). La periodista checa es retratada como una personalidad extraordinaria, incapaz de doblegar su pensamiento a los ultimátums de los comunistas que le exigían romper la amistad con la «trotskista» Buber-Neumann. A las inquietudes estéticas Milena unía una clarividencia política sorpren-

dente que le permitió pronosticar el futuro imperialismo soviético. Ella y Buber-Neumann concibieron el proyecto de escribir una obra sobre los campos totalitarios, proyecto que se vio truncado por su prematura muerte. Todo se derrumbó entonces para nuestra autora: «¿Para qué vivir si había muerto Milena? Mi concepto de la libertad estaba inseparablemente unido a ella» (pág. 381)⁶. Este intenso canto a la amistad recuerda inevitablemente al que Montaigne hizo de Étienne de la Boétie, y es una casualidad significativa el hecho de que ambos retratos, tanto el de Milena como el del autor de *La servidumbre voluntaria*, estén situados en el centro de las respectivas obras de la escritora alemana y del ensayista francés, como un homenaje a un ser insustituible. «Si me preguntan por qué amé a mi amigo, contestaré del único modo que ello puede expresarse: “Porque él era él y yo era yo”»⁷. Así se expresaba Montaigne. Seguramente Margarete Buber-Neumann estaría de acuerdo con esta justificación. Porque ella amaba a Milena Jesenská por lo que era, de la misma manera que juzgaba a todas las personas por lo que eran, y no por ser un miembro de una categoría de individuos más amplia que, según los dogmas que uno adoptase, podía ser elogiada o condenada en bloque. Para las mentes obcecadas, caldo de cultivo del totalitarismo, sólo existen estas categorías abstractas: el mundo se divide en comunistas, nazis, rusos, alemanes, trotskistas, judíos, gitanos, capitalistas... Ante esta actitud, el nominalismo moral de Margarete Buber-Neumann se nos presenta como una lección que nos debe ayudar a evitar que se repitan las atrocidades de la pasada centuria. Su ejemplo demuestra que es posible atravesar el infierno sin convertirse en diablo. Tras la lectura de su libro, uno comprueba que las entrañas de la condición humana no son del todo negras. Esto ya es algo.

⁴ Cfr. nota 2, pág. 133.

⁶ Buber-Neumann llegó a escribir un libro sobre su amiga: *Milena*, Seuil, Paris, 1986.

⁷ Montaigne, *Ensayos*, I, Folio, Barcelona, 2000, pág. 139.

⁵ Cfr. nota 2, pág. 134.